

pesetas. Las mejores fábricas de tiendas de campaña de la India se hallan en Jubbulpore. El cazador debe ir provisto del *pal*, pedazo de tela en cuatro dobleces que se sujeta por medio de tirantes á una estaca vertical y se trueca en un excelente lecho de campaña. Cuesta de 8 á 10 libras, ó sea 200 á 250 pesetas. La mejor tienda para largas excursiones á la montaña de la India son las que miden un espacio de 1'98 ms. y pesan sólo 22 kilos 65.

La caza del tigre, solo y á pié, es peligrosísima para el cazador europeo, y no vacilamos en disuadirle de semejante empresa, pues la astucia del hombre no es comparable con la ligereza y fuerza del tigre, aunque esté herido.

La caza del tigre se realiza al *aguardo*, valiéndose el cazador de un cebo, ya de carnes muertas ó de piezas vivas, tales como cerdos, á los que se tira del rabo para hacerles gruñir; y otras veces al ojeo ó á mano yendo en busca del tigre oculto entre los junglares.

Otro de los sistemas para cazar el tigre es apostarse en el *mechaum*, suerte de plataforma, construída á lo alto de un vigoroso árbol. La prudencia y la discreción aconsejan abandonar el puesto al oscurecer, por ser peligrosos é inútiles los acechos de noche.

Los cazadores emplean á veces, en la caza del tigre, jaurías compuestas de perros de todas castas, para hacer salir á la fiera de su guarida. Los pobres canes suelen pagar con la vida sus algaradas contra la fiera.

La montura señalada para cazar el tigre es el elefante amaestrado. El cazador europeo que quiere cazar aquel felino, alquila paquidermos para sí y sus criados. El alquiler de cada elefante con sus guías ó criados *cornacs*, asciende á unas tres libras, ó sean 75 pesetas mensuales.

En las cacerías de tigres, los elefantes pueden morir ó quedar inutilizados. El cazador ha de abonar por los amaestrados, 2,000 pesetas al gobierno inglés si pertenecen al Estado, y de 2,500 á 5,000 pesetas si son de dominio particular.

Harto prudente es que sigan á cada cazador tres camellos para llevar la tienda de campaña y pertrechos. El alquiler de criados y camellos es baratísimo. Los indígenas ganan 4 rupias por mes,—10 pesetas,—y el alquiler de cada camello cuesta cincuenta céntimos de peseta al día.

Una partida de cazadores europeos bien equipados, suelen llevar, cada dos un elefante de silla con *howdah*.

Cada elefante tenía sobre su espalda el *howdah*, suerte de sillón en forma de torre. A la menor señal de su *mahout* ó *carnac*, el paquidermo dobla las rodillas para

que el cazador pueda ganar el *howdah* por medio de una pequeña escala de bambú que se cuelga despues á la espalda del animal.

¡*Ouste, haste jee, haste!* grita el *mahout* una vez que se ha cerrado el *howdah*.

El colosal cuadrúpedo se levanta merced á un vigoroso esfuerzo, imprimiendo al que cabalga sobre él una sacudida análoga al del navío balanceado por las olas. El elefante emprende la marcha con un paso bastante rápido, parecido al del trote de un caballo, con el que se avanza unas dos leguas por hora.

El *mahout*, caballero sobre el cuello del elefante, sin más silla que un trozo de tapiz, con la pierna colgando detrás de las orejas descomunales del animal; le dirige con la voz, ó bien le excita ó aguijonea por medio de una alabarda de hierro ó de cobre que le hunde en el cuello. Muchos elefantes tienen abierta entre las dos orejas una herida que se mantiene viva, á fin de hacer más sensible el aguijón; verdad es que un elefante bien amaestrado obedece á la simple voz de *mahout*.

Tras el *howdah* se agarra un pobre diablo de *behra*, que sostiene con sus manos el parasol y los fusiles del cazador.

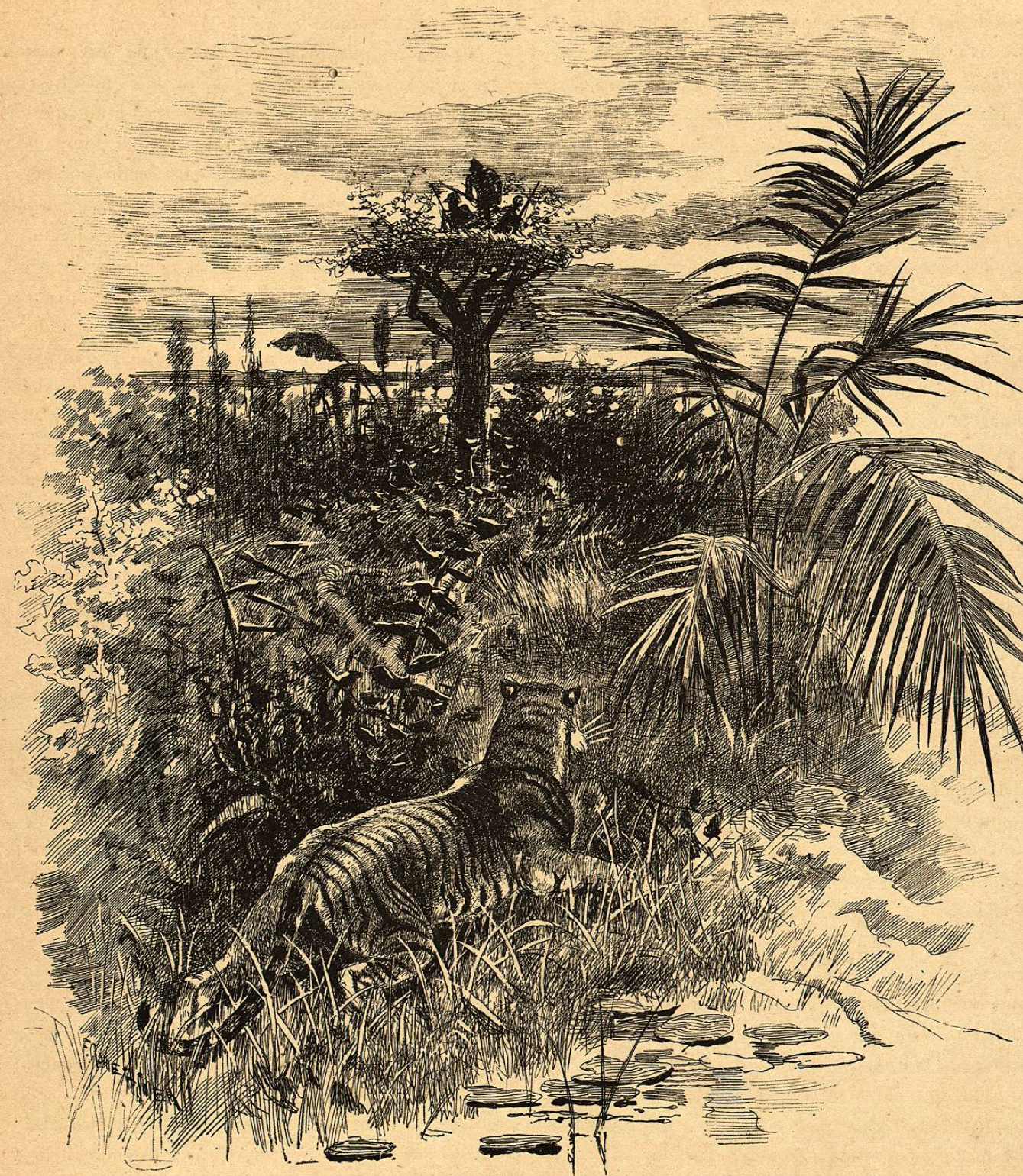
Suele acontecer que el tigre, furioso por las heridas causadas por el cazador, salte sobre la grupa del elefante, y entonces la víctima propiciatoria es el desdichado *behra*.

Durante el camino, al ir ó regresar de la caza, el *behra* camina al lado del elefante, hablando con él, contándole historias y consejos, cantando, advirtiéndole cariñosamente los pasos difíciles, excitándole para que sea dócil, y prometiéndole, á guisa de recompensa, las ramas y hojas favoritas.

La batería de cocina, fabricada en Inglaterra, se coloca en ciertos compartimientos del *howdah* del elefante de caza; las municiones se distribuyen entre las bolsas del rededor del asiento, y un criado indígena en el *kawas* posterior carga y cambia las armas.

La caza con elefante, tan cómoda en algunos casos, en otros es tan molesta como peligrosa. Cuando el elefante vuelve rápidamente grupas ante el tigre y huye, las escopetas, municiones y cazador, empiezan un baile pesadísimo, que suele terminar sembrando el suelo de municiones y armas, y el cazador besa el santo suelo, si no tiene aliento y fuerzas para agarrarse á la silla.

El elefante, alborotado, corriendo por entre los junglares poblados de espinosos matorrales, suele acarrear al pobre cazador accidentes graves. La experiencia aconseja que lo mejor es asirse de la rama gruesa de un árbol y dejar al asustado animal que siga su



El *Mechaum* ó aguardo del tigre

desenfrenada carrera. Algunos cazadores poco expertos han muerto aplastados.

El mejor artificio usado para detener al elefante que huye espantado es que otro cazador, montado en el suyo, siga á todo correr detrás. Es un calmante probado.

Para cazar al tigre, se ha de tirar con armas en que el cazador tenga ciega confianza. Las condiciones del

combate no pueden fijarse de antemano; dependen del azar y de la astucia del tigre.

El cazador no debe olvidar que los disparos con bala desde lo alto de un elefante son harto inseguros, por lo que es conveniente tirar con balas explosivas de Jacob ó Devisme, que estallan dentro del cuerpo del tigre, y producen en el felino el efecto del rayo.

El arma mejor para cazar el tigre,—según Rice,—

son los fusiles lisos, de calibre 12 á 14. Forsyth recomienda el uso de la carabina de calibre 12, con bala explosiva. Muchos cazadores, entre ellos Greener, prefieren las excelencias de la carabina Express, 450 (11 mill. 25).

En la batida del tigre que huye, el cazador no puede detener al elefante para apuntar, y entonces el balanceo de su peso priva al cazador de asestar bien el tiro; cuando el tigre está inmóvil, el cazador pronuncia la palabra *Dalt*, y el *cornac* ó guía toca con su *aukas* la frente del

elefante, y éste permanece inmóvil hasta que el cazador ha disparado.

El elefante que yo montaba en una de mis cacerías de la India estaba tan bien amaestrado, que al oír mi voz permanecía cuatro ó cinco minutos inmóvil como una estatua.

Por lo que atañe al traje del cazador de tigre, suele componerse de chaquetón de tela de un color oscuro, y de pantalones cortos tejidos en la India, llamados *Knickerbockers*, que ofrecen gran resistencia y duración.



CAPÍTULO II

LAS GRANDES Y PEQUEÑAS MONTERÍAS DEL TIGRE



ESCRITO ya el brillante escenario donde se destacan vigorosamente el hombre y la fiera; toca ahora narrar algunas de las grandes ca-

cerías, llenas de vida y color, que se realizan en aquel maravilloso país.

Un día de caza en el Don al pie del Himalaya, en la estación más propicia, montados sobre elefantes, es seguramente el bello ideal de una cacería bajo el ardoroso Sol de los trópicos. Una batida á los tigres con semejante aparato ofrece seductor espectáculo venatorio, digno del pincel de Pertuiset. Los cazadores se cuentan por centenares, desdennan las piezas pequeñas de pelo y de pluma, y desde el punto en que un movimiento y una ondulación en los matorrales denuncian la presencia del tigre, un diluvio de balas cae sobre la fiera; y si

ésta queda herida, el tigre, furioso, se enrosca primero, y cae después sobre el elefante que encuentra más próximo, el cual se apodera del felino con la trompa y lo oprime con sus anillos cual pudiera hacerlo una culebra colosal. El guía del elefante hace una señal convenida, y los cazadores se disponen á descargar de nuevo sus escopetas.

Aquel es un momento crítico que no puede describirse con la pluma. Es preciso presenciarlo para comprender su solemnidad y terrible grandeza.

El elefante se mueve con tal violencia que perturba al más sereno cazador. Puede suceder que el tigre, aun mortalmente herido, hiera á su vez al enorme paquidermo que le tiene aprisionado. Entonces el elefante suele arrojarse al suelo para aplastar con su peso á la fiera, y fácilmente se alcanza el peligro en que semejante maniobra pone á los cazadores que van sobre el lomo del inteligente animal.

Por fortuna, los cazadores de tigres tienen el corazón firme, vista penetrante y la mano segura.

Una vez el tigre rueda inerte por el suelo, el elefante, olvidando el dolor natural que le causan las heridas recibidas en la lucha, deja oír su voz retumbante como un clarín de guerra, y entona la fanfarria de la victoria. Luego olfatea á su enemigo muerto, y, dándole vueltas